

RAYMOND CHANDLER
ESTARÉ ESPERANDO



COOLTURA



Era la una de la madrugada cuando Carl, el portero nocturno, apagó la última de las tres lámparas del vestíbulo principal del hotel Windermere. La alfombra azul se oscureció un par de tonos y las paredes retrocedieron hasta hacerse lejanas. Las sillas se llenaron de sombras perezosas. Los recuerdos colgaban como telarañas en los rincones.

Tony Reseck bostezó. Torció la cabeza y escuchó la frágil, nerviosa, música que provenía de la sala de radio situada detrás de la arcada donde terminaba el vestíbulo. Frunció la frente. Aquella debería ser su sala de radio a partir de la una de la madrugada. Nadie debería estar allí. Esa pelirroja arruinaba sus noches.

Aflojó el ceño y una sonrisa en miniatura se le dibujó en las comisuras de los labios. Relajó los músculos. Era un hombre maduro, bajito, pálido, barrigón, de largos y delicados dedos aferrados ahora al diente de alce de la cadena de su reloj; dedos largos y delicados, de ilusionista, dedos con uñas brillantes, muy cuidadas, dedos de afiladas falanges inferiores, con extremos un tanto espatulados. Dedos hermosos. Tony Reseck se frotó las manos con dulzura. Había paz en sus tranquilos ojos grisáceos.

Frunció el ceño nuevamente. La música lo perturbaba. Se levantó con singular agilidad de un solo movimiento, sin apartar las manos de la cadena del reloj. Sentado inmóvil en determinado momento, al siguiente ya estaba erguido, de pie sobre sus pies completamente vertical, tanto, que el movimiento parecía una acción imperfectamente percibida, algo así como un error visual.

Caminó pisando delicadamente la alfombra azul con sus zapatos pequeños y brillantes y cruzó la arcada. La música había aumentado de volumen. Contenía el ruido ardiente y corrosivo, las carreras frenéticas y nerviosas de una competencia, de la música

improvisada. Sonaba demasiado alta. La pelirroja estaba sentada y contemplaba en silencio la rejilla de la voluminosa radio como si pudiera ver la orquesta, su estereotipada sonrisa profesional, la transpiración que corría por las espaldas. Estaba ovillada con las piernas bajo el cuerpo en un sofá que parecía tener casi todos los almohadones de la sala. Estaba encantadoramente envuelta en ellos, como un ramo en el papel de la florería.

No levantó la cabeza. Siguió inclinada, una mano cerrada sobre la rodilla color durazno. Vestía un pijama de seda de gruesos ribetes y estaba bordado con negros capullos de loto.

—¿Le gusta Goodman, señorita Cressy? —preguntó Tony.

La chica movió los ojos lentamente. Había poca luz, pero el violeta de aquellos ojos casi ofendía. Eran unos ojos grandes y profundos, sin la menor huella de pensamiento. Su rostro, clásico, carecía de expresión.

No dijo nada. Tony sonrió, se llevó los dedos a las comisuras y los movió uno por uno, consciente de su contacto.

—¿Le gusta Goodman, señorita Cressy? —repitió amablemente.

—No me mata —dijo la chica, con voz monocorde.

Tony se balanceó sobre los talones y la miró a los ojos. Grandes, profundos, vacíos. ¿O no? Se inclinó y apagó la radio.

—No me malinterprete —dijo la chica—. Goodman saca dinero y un tipo que saca dinero legal en estos tiempos es alguien que merece respeto. Pero su música parece de cervecería. Prefiero las cosas más elaboradas.

—A lo mejor le gusta Mozart —dijo Tony.

—Vamos, tómeme el pelo —replicó ella.